

Jóvenes, ámbitos de uso de las nuevas tecnologías y formas específicas de violencia

The Youth, the Use of ICTs and Specific Types of Violence

JUAN M. GONZÁLEZ-ANLEO

DOCTOR EN CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA.

EXPERTO EN JUVENTUD Y SOCIEDAD

JOSÉ A. LÓPEZ-RUIZ

DOCTOR EN CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA.

EXPERTO EN INVESTIGACIÓN SOCIAL APLICADA Y ANÁLISIS DE DATOS

Resumen

Probablemente la diferencia más significativa, más «característica» de la generación *millennial*, especialmente la nueva generación emergente, la así llamada *generación z*, es su relación con las nuevas tecnologías de comunicación que, sin duda alguna, han transformado su vida, reconfigurando su espacio social en el más pleno sentido de la palabra, reinterpretando viejas costumbres y creando nuevas aun no suficientemente investigadas. En este artículo abordamos los impactos más relevantes, sumergiéndonos, en la segunda parte, tanto en las diferentes formas de violencia y su trayectoria a lo largo de los últimos años como pórtico al resto de contribuciones, ya centradas concretamente en el *cyberbullying*.

Palabras clave: millenials, generación z, nuevas tecnologías de comunicación, integración sociopolítica, violencia.

Abstract

Probably the most significant feature of the so-called Millennial Generation or *Generation z*, which characterises is their connection with the ICTs. Undoubtedly the new technologies have reconfigured their social space in every sense of the word, thus reinterpreting old habits and creating new ones, which have not been sufficiently explored. In this article we tackle with the most relevant changes. Therefore we dive into the different types of violence and their evolution to eventually focus on cyberbullying.

Keywords: millennials, generation z, ICTs, socio-political integration, violence.

1. INTRODUCCIÓN

Probablemente la diferencia más significativa y más *característica* de la generación *millennial*, especialmente la nueva generación emergente, la así llamada generación Z, es su relación con las nuevas tecnologías de comunicación. Si en la generación X, ya despuntaba el fenómeno del uso de ordenadores e Internet comenzaba a dar sus primeros pasos, la generación z sería la primera conocida como *nativos digitales*. No puede dejar indiferente, a este respecto, que el uso del *ordenador* haya desbancado a estar con amigos del primer puesto de la lista de actividades de ocio más practicadas por los jóvenes (Rodríguez San Julián, 2012, p. 252). Si a los ordenadores añadimos las *tablets*, los teléfonos inteligentes y demás dispositivos, se puede llegar a la conclusión de que esta es una generación no solo centrada en las nuevas tecnologías, sino que ve el mundo y se comunica con él a través de ellas.

El panorama español no difiere mucho de otros países en el uso de las nuevas tecnologías por parte de los niños, preadolescentes y adolescentes, excepto por el hecho de estar a la cabeza en su uso. Los niños y jóvenes, cada vez, están más *aislados* frente a sus pantallas: macro-pantallas, micro-pantallas, televisión interactiva, ordenador, *tablet*, teléfonos inteligentes... Los datos deberían hacernos reflexionar, porque esta cuestión va no un poco, sino mucho más allá del simple debate sobre los efectos directos de las nuevas tecnologías: un 25,4% de los niños de tan solo 6 a 9 años tiene TV o DVD, según el último *Informe Aladino*, de AECOSAN (Agencia Española de Consumo, Seguridad Alimentaria y Nutrición), un 13,7 videoconsola y un 9% ordenador personal (AECOSAN, 2016).

Según el INE, ya a los diez años, casi uno de cada tres niños tiene *Smartphone* (29,7%), ascendiendo esta cifra hasta el 42,2% a los once años y el 69,5% a los doce (INE, 2016). Además, según un estudio publicado en 2014 por el Centro de Seguridad para los Menores en Internet Protegeles.com, realizado en colaboración con varios países europeos, los niños y adolescentes españoles de entre 4 y 16 años son los que mayor riesgo corren dentro de la UE de ser adictos a Internet, estimándose que el 21% ya pueden ser considerados *de riesgo*, una cifra que duplica la media europea. El informe destaca, además, en este sentido, el uso de las redes sociales como uno de los factores más importantes a la hora de entender el proceso de adicción infantil (Tsitsika, Tzavela, Mavromati y The EU NET ADB, 2014).

Además, los datos aportados por el Informe de la OCDE a finales de abril del 2017, *El bienestar de los estudiantes, resultados de PISA 2015*, no indican que esta situación vaya a solucionarse, sino más bien parece que va a empeorar considerablemente. Según este informe, el 22% de los alumnos españoles llegan a usar Internet más de seis horas al día, siendo de 167 minutos la media para todos los jóvenes entre semana y 215 minutos los fines de semana, bastante por encima de la media de los países de la OCDE (146 y 184 minutos), situándose en la categoría de «usuarios extremos», según el informe. El 69%, además, declaran «sentirse realmente mal» si no tiene conexión a Internet, ascendiendo ya al 17% los estudiantes que afirman haber comenzado a usar Internet a la edad de seis años.

2. RECONFIGURACIÓN DEL ESPACIO SOCIOPOLÍTICO Y EDUCATIVO: COMUNIDADES DE BAJO COSTE Y CATARSIS VIRTUAL

Pese a ser lo más valorado por los jóvenes a día de hoy, no faltan voces que dudan de la auténtica fortaleza de los vínculos y las lealtades dentro de los grupos primarios, viendo, en ellos, antes que nada, un refugio, solo un ideal (González-Anleo, 2017b). Zygmunt Bauman (2005b, p. 133), por ejemplo, asegura que «para la gente insegura, perpleja, confusa y aterrada por la inestabilidad y la contingencia del mundo que habitan la comunidad se convierte en alternativa tentadora. Es un dulce sueño, una visión celestial: de tranquilidad, de seguridad física y de paz espiritual». Este *paraíso*, sin embargo, no parece ser para este autor tan real como parece a simple vista. La mayor parte de lo que Maffesoli consideraba *nuevas comunidades*, son en la actualidad para Bauman, sólo un bonito *sueño*, una aspiración: se necesita recuperar la comunidad frente una sociedad que no aportan ni confianza ni proximidad y expresividad, un otro abstracto al que se teme o, como ya hemos podido comprobar a lo largo de las páginas de este libro, del que muchos ven necesario resguardarse.

Ahora bien, ni necesitar ni aspirar a la recuperación de la pequeña comunidad parece ser suficiente. Los guetos sociales de Lipovetzsky, las nuevas tribus ensalzadas por Maffesoli, tan en boga a consecuencia de la proliferación de comunidades virtuales y redes de amistad, comunidades *fluidas* cuyo mayor atractivo radica en su brevedad y su puntual utilidad, no pueden cumplir, según

Bauman, la función de las comunidades tradicionales. Aunque hay numerosas causas por las que el autor opina que esto sucede, una destaca, a la vez que resume el resto: la falta de compromiso, la inquebrantable necesidad de preservar el individualismo *dentro* de estas nuevas formaciones comunitarias.

El privilegio de «estar en comunidad» tiene un precio, y sólo es inofensivo, incluso invisible, en tanto que la comunidad siga siendo un sueño. El precio se paga en la moneda de la libertad, denominada de formas diversas como «autonomía», «derecho de autoafirmación» o «derecho a ser uno mismo». Elija uno lo que elija, algo se gana y algo se pierde. Perder la comunidad significa perder la seguridad; ganar comunidad, si es que se gana, pronto significa perder la libertad. (Bauman, 2001, p. VIII).

Qué papel juegan las nuevas tecnologías, en general y, más en concreto, las redes sociales como nuevos contextos de formas de ser en esta creación (Álvarez Alday, Fernández-Villarán y Mendoza Bress, 2014), según la expresión usada por Bauman, «comunidades de bajo coste». Junto a los *bondadosos* mitos sobre las nuevas tecnologías, uno ha conseguido conquistar sin el mínimo atisbo de duda el imaginario colectivo en nuestras sociedades: el mito de la comunicación. El exitoso reclamo publicitario *connecting people*, de la ya casi difunta empresa Nokia, se ha terminado por convertir en el *leitmotiv* de las nuevas tecnologías, llegando, incluso, a rebautizar a la ciber-sociedad con el nombre de *sociedad de la comunicación*. Nos encontramos aquí, sin duda, con el problema de cómo definimos o a qué nos referimos con el término *comunicación*, haciéndose patente cómo, poco a poco, se va perfilando el carácter de la tecnología como ideología de la sociedad consumista (González-Anleo, 2011, p. 127 y ss.): la misma modernidad que ha ido carcomiendo la capacidad de las personas para comunicarse, será redimida por la tecnología *que todo lo hace posible* hasta, literalmente, reinventar la comunicación. Sería necesario preguntarse en este caso concreto: ¿qué comunicación se va a salvar del actual coma clínico, según los apologistas de la comunicación mediada? La respuesta, resumiendo las muchas especulaciones sobre este tema, podría ser: la de todos con todos... entre la gente de la calle, entre el pueblo y el gobierno (*república electrónica*), entre el hombre de la calle y las instituciones, entre los propios medios de comunicación (televisión interactiva) y entre los diferentes pueblos y las diferentes culturas.

Si tenemos en cuenta no sólo el proceso general de incomunicación que venimos viviendo en los últimos años, sino también la aceleración vertiginosa de

éste desde la aparición de Internet, del teléfono móvil y demás tecnologías de convergencia, podría llegarse a afirmar, incluso, junto con Paul Virilio (1997, p. 50), que «el gran confinamiento de Foucault no está fechado en el siglo XVIII, sino en el XXI». Este proceso, sencillamente, se está radicalizando: la comunicación redentora que se nos ofrece en las nuevas tecnologías viene a ser filtrada por pantallas personalizadas, por *WhatsApp* en la pantalla del móvil, por mensajes lanzados sin un interlocutor concreto en el muro del *Facebook*, a la espera de algún *like*. Es una forma de comunicación, sí, pero muy alejada del concepto que de ella teníamos, y, desde luego no es, ni de lejos, la prometida.

Lo más curioso de todo: los propios jóvenes son más que conscientes de ello. Según el estudio *Jóvenes y comunicación: la impronta de lo virtual* (Megías Quirós y Rodríguez San Julian, 2014, p. 56), la amplia mayoría de los jóvenes, pese a admitir que las dos razones más importantes para usar las redes sociales son «hablar con amigos» y «saber qué hacen mis amigos», a la hora de ser preguntados sobre cuál dirían que es la influencia de las nuevas tecnologías en sus relaciones sociales, la opción menos votada es precisamente la de «relacionarse más con su familia y sus amigos» y, las que más, que «la gente se vuelve más perezosa con el uso de las nuevas tecnologías» y que «la gente se aísla más», coincidiendo en ello en torno al 75% de los jóvenes encuestados. Paradójicamente, como revela otra parte del estudio, los jóvenes dicen sentirse aislados si no forman parte de este tipo de redes o si no las usan con suficiente frecuencia, creando, según los autores del estudio «una nueva percepción de lo que significa estar “aislado” o “incomunicado”» (p. 75)¹.

¹ Llama la atención, a este respecto, que a la hora de preguntar a los niños españoles de entre 9 y 12 años por sus mayores temores, el tercero, por detrás solamente de «hacer las cosas bien en el colegio» y «que mis padres estén contentos», esté el de «perder mi teléfono móvil», una opción elegida por nada menos que el 65% de los niños comprendidos entre estas edades. ¿Qué temores quedan por detrás de éstos, según el estudio? Muchos a los que, paradójicamente, se dedican los más grandes esfuerzos de análisis que al de la nomofobia, la adicción al móvil y a las redes sociales: «tener problemas» (60%), «sentirme acosado» (55%) o «tener buen aspecto físico» (51%; Peraita, 15 de octubre, 2014). Según un estudio publicado en 2014 por el Centro de Seguridad para los Menores en Internet Protegeles.com realizado en colaboración con varios países europeos, los niños y adolescentes españoles de entre 4 y 16 años son los que mayor riesgo corren, dentro de la UE, de ser adictos a internet, estimándose que el 21% ya pueden ser considerados «de riesgo», una cifra que duplica la media europea. El informe destaca además, en este sentido, el uso de las redes sociales como uno de los factores más importantes a la hora de entender el proceso de adicción infantil (Tsitika, Tzavela, Mavromati y The EU NET ADB, 2014).

La sociedad de la comunicación (y la de la información, tal y como vimos que es usada ésta por los jóvenes), tiende a la hiper-individualización, a la ruptura de la experiencia y, por lo tanto, de la conciencia colectiva. «Hoy en día» nos explicaba en los albores del milenio Nicholas Negroponte (1995, p. 68), uno de los grandes visionarios de las posibilidades de la tecnología aplicada a la comunicación, «controlamos el brillo, volumen y canal de un aparato de televisión; mañana podremos variar el sexo, la violencia y la tendencia política» «La verdadera personalización», señalaba, «entra en escena ahora», es la era de la «unidad demográfica de una persona» (pp. 196-197):

En la era de la información, los medios de comunicación de masas se hicieron más pequeños... nutren a pequeños grupos demográficos... Se asume que la individualización es la extrapolación de la transmisión selectiva: se pasa de un grupo grande a uno pequeño, después a otro más pequeño y al final al individuo².

La comunicación a distancia se alimenta del aquí y ahora, traza puentes inexistentes sobre aquellos que están más cerca, evitándolos, creando *no-lugares*, mapas de la realidad que desintegran una realidad que ya ni siquiera pretenden representar. Se suprime el mapamundi y se crea un mapa personal nuevo, un mapa de conexiones que, a fin de cuentas, lo que hace es comunicar aislando. Porque en la creación de nuevas conexiones se absorbe todo lo que hay entre los distintos dispositivos. Se sacrifica la realidad del aquí y el ahora, la realidad del prójimo, del que las antiguas tecnologías de la comunicación no terminaban de deshacernos. A este respecto nos dice Paul Virilo (1997, p. 44):

... si mañana amamos al que está lejos sin ser conscientes de que odiamos a nuestro prójimo porque está presente, porque apesta, porque hace ruido, porque me molesta y porque me requiere, a diferencia del que está lejos –del que me puedo zafar– entonces ... destruiremos la ciudad, es decir, el derecho a la ciudad.

² No puede dejar indiferente la enorme similitud entre estas palabras, provenientes de un gran apologista de la cibersociedad, y la idea que del desarrollo tecnológico de dos de sus grandes detractores, Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, en su *Dialéctica de la Ilustración*, a mediados del siglo xx (1998, p. 71): «El progreso separa literalmente a los hombres... Pero el medio de comunicación separa a los hombres también físicamente. El coche ha ocupado el lugar del tren... los hombres viajan, rigurosamente aislados los unos de los otros... cuando en los fines de semana o en los viajes se encuentran en los hoteles, cuyos menús y cuyas habitaciones son –dentro de un mismo nivel de precios– perfectamente idénticos, los visitantes descubren que, conforme ha crecido su aislamiento, han llegado a asemejarse cada vez más. La comunicación procede a igualar a los hombres mediante su aislamiento».

El último paso de este simulacro de comunicación, consiste en la resocialización en una *comunidad de espectros*, definida por Tomás Maldonado (1998, p. 71) como «comunidad cuyos miembros están todos persuadidos, quien más quien menos, de que sus identidades postizas son sus verdaderas identidades». Comenta el autor refiriéndose al papel que pretende dársele a las charlas en el relanzamiento de la idealizada tradición jeffersoniana de democracia:

Quando la charla, como en este caso tiene lugar entre sujetos que interactúan a distancia, sin un contacto cara a cara y, encima, ocultando la propia identidad, está claro que estamos ante una forma de comunicación muy alejada de lo que razonablemente se puede tomar por una efectiva comunicación. Sobre todo cuando el objeto afecta nada menos que a decisiones de vasto alcance para la vida democrática. En este ámbito los ciudadanos no tienen necesidad de charlas, sino de una discusión pública, a campo abierto, sobre las resoluciones a tomar. (pp. 59-60).

Las comunidades virtuales son, en este sentido, *asociaciones débiles* ya que, en cuanto asociaciones que derivan de una libre y espontánea confluencia de sujetos con visiones unánimes, son comunidades con escasa dinámica interna. Por su alto grado de homogeneidad, tienden a ser decididamente auto-referenciales. No faltan estudios que confirman esta idea. Una reciente publicación del centro de estudios *Pew* de Washington realizaba un interesante experimento cuyos resultados apuntan a un efecto similar a la *espiral del silencio* de Elisabeth Noelle-Neumann al quedar demostrado que los individuos están menos dispuestos a debatir cuestiones polémicas en las redes sociales que en persona. Sólo el 42% admitió que hablaría de un tema polémico en *Facebook* o *Twitter*, mientras que el 86% sí que lo haría cara a cara con otro individuo. La mayoría de las personas, por lo tanto, prefieren evitar entrar en un aislamiento social y prefieren sumarse a una opinión que sea mayoritaria o consensuada, tal y como establecía la teoría de Noelle-Neumann (Pew Research Internet Project, 2014). Internet sería este sentido, según Zygmunt Bauman (Padilla Fernández, 28 de mayo, 2014):

Una cámara de ecos, una casa de espejos, porque en realidad tiende a leer solo lo que nos satisface, lo que manifiesta las ideas que ya profesamos. Queremos escuchar fundamentalmente lo que podríamos haber dicho nosotros mismos.

En el ámbito relacionado con la creación de comunidades, no cabe duda de que lo virtual ha propiciado un trasvase desde el mundo de lo real al virtual.

La tendencia más actual para los adolescentes en el mundo anglosajón, nos dicen los datos del Pew Research Center, es cada vez más hacer quedadas no presenciales, sino en *streaming*, a la salida de los colegios (Mims, 20 de febrero, 2017). La pregunta esencial que hay que hacerse es si reemplazan estas nuevas costumbres de socialización la creación de comunidades sólidas, el tejido social que tanta falta nos ha hecho en los últimos años y nos sigue haciendo, en especial en el terreno de político. Internet, escribe irónicamente César Rendueles, «habría hecho realidad así la utopía sociológica del comunismo: un delicado equilibrio de libertad individual y calidez comunitaria» (2013, p. 34). Pero ¡cuidado!, nos avisa Zygmunt Bauman: ¡es «una trampa», un «espejismo»! La siguiente cita, aunque algo extensa, resume perfectamente el pensamiento a este respecto del gran maestro polaco fallecido recientemente (Querol, 9 de enero, 2016):

... las redes sociales pueden crear un sustituto. La diferencia entre la comunidad y la red es que tú perteneces a la comunidad, pero la red te pertenece a ti. Puedes añadir amigos y puedes borrarlos, controlas a la gente con la que te relacionas. La gente se siente un poco mejor porque la soledad es la gran amenaza en estos tiempos de individualización. Pero en las redes es tan fácil añadir amigos o borrarlos que no necesitas habilidades sociales. Estas las desarrollas cuando estás en la calle, o vas a tu centro de trabajo, y te encuentras con gente con la que tienes que tener una interacción razonable. Ahí tienes que enfrentarte a las dificultades, involucrarte en un diálogo. El papa Francisco, que es un gran hombre, al ser elegido dio su primera entrevista a Eugenio Scalfari, un periodista italiano que es un autoproclamado ateo. Fue una señal: el diálogo real no es hablar con gente que piensa lo mismo que tú. Las redes sociales no enseñan a dialogar porque es tan fácil evitar la controversia... Mucha gente usa las redes sociales no para unir, no para ampliar sus horizontes, sino al contrario, para encerrarse en lo que llamo zonas de confort, donde el único sonido que oyes es el eco de su voz, donde lo único que ven son los reflejos de su propia cara. Las redes son muy útiles, dan servicios muy placenteros, pero son una trampa.

La pregunta esencial que hay que plantearse aquí, si todo lo anterior es cierto, es: ¿son estas comunidades débiles capaces de educar a los adolescentes y jóvenes? La educación en valores es un tema del que se habla, discute y escribe cada vez más pero que, en la práctica, se ha convertido, por usar la expresión anglosajona, en una «patata caliente» que nadie puede, quiere o es capaz de sostener en sus propias manos. Y lo peor de todo es que, probablemente,

en un futuro que, realmente, ya ha puesto el pie en nuestro presente no haga ya falta afrontar la cuestión, porque son los propios jóvenes los que están tomando esa función (González-Anleo, 2017b).

A finales de enero del 2017, un grupo de profesores lanzaba la campaña *#realinfluencers*, tratando de reivindicar el reconocimiento de todo su potencial como *influencers* para los niños frente a la actual riada de *youtubers* y bloggers, las primeras grandes estrellas de estos nuevos medios de comunicación. Habrá que pelear mucho en el futuro para arrebatarles el privilegio de ser los mayores educadores de nuestros hijos, un privilegio que, como acabamos de decir, por sobrecarga laboral, por masificación de las aulas o por otras causas, hoy pocos padres o maestros pueden asumir.

La primera hornada de la *generación selfie* (González-Anleo, 2015), caracterizada por aislarse a través de la lógica de encerrarse dentro de su círculo impenetrable del resto de la sociedad a través de un proceso de construcción de burbujas, entre las que ocupan un lugar destacado las digitales, ha empezado a buscar nuevos referentes y nuevos modelos dentro de éstas, en sus pares, en las redes sociales pero, sobre todo, en estos nuevos (y verdaderos) *influencers*, famosos ya por los numerosos casos de humillación o incluso el uso gratuito de violencia física y, sobre todo, simbólica.

Si en la que ya se ha llamado la era de la des-ilustración (*age of unenlightenment*, Financial Times, 24 de marzo, 2017), a los cambios introducidos por Bolonia en el currículo académico, le añadimos la supresión de las humanidades, la filosofía, la música o la literatura universal, fuentes privilegiadas de transmisión de valores humanos profundos, las posibilidades de crecimiento moral de los jóvenes quedan notablemente mermadas.

Este es el marco en el que se inserta la cultura digital auto-referencial y constreñida por un *grupo de pares extenso*³, ya no solo presenciales, lo que desde luego no parece prometer un crecimiento moral de los jóvenes, ya bastante mermado por todos los anteriores factores. Destacamos dos razones entre otras muchas:

³ Es interesante, a este respecto, el análisis realizado por del Fresno García, Daly y Segado Sánchez-Cabezudo (2016) sobre los nuevos influencers (SMIs) en Internet, su jerarquización, su estructura y sus tipos, los comunicativos, los relacionales y los líderes (en <https://goo.gl/byKNDN>).

- Ni Internet, en general, o por lo menos tal y como lo usan los más jóvenes, sin marcos de referencia sólidos que les permita discernir correctamente lo que es información u opinión válida y ponderar la fiabilidad y legitimidad de las fuentes, ni las redes sociales en concreto, promueven el pensamiento, mucho menos el moral y ético. El filósofo Byung-Chul Han denomina a la comunicación en este tipo de *ágoras digitales*, «hiper-comunicación anestésica», acusándola de dos graves fallos en el contexto de la sociedad actual. El primero, su necesidad de reducir la complejidad para acelerarse, suprimiendo así el sentido porque «éste es lento. Es un obstáculo para los círculos acelerados de la información y comunicación. Así, la transparencia va unida a un vacío de sentido» (2013, p. 32). Esto, en su opinión, conduce inexorablemente a una *salvajización* social: «los logros culturales de la humanidad a los que pertenece la filosofía», escribe Han en *La sociedad del cansancio*, «se deben a una atención profunda y contemplativa. La cultura requiere un entorno en el que sea posible una atención profunda. Esta es reemplazada progresivamente por una forma de atención por completo distinta, la hiper-atención» (2012, p. 35).
- El sueño de eliminar los filtros intermedios entre la ideología dominante, sea esta los que sea (la meta-ideología consumista, el neoliberalismo o cualquiera que el futuro nos tenga preparado), y los niños y adolescentes, consiguiendo así una comunicación directa y su consecuente adoctrinamiento, empieza a ser una realidad gracias a estas nuevas tecnologías y un peligro cada vez mayor para todo aquel que se dedique a la educación, desde los propios padres hasta los educadores, pasando por todo tipo de campañas de concienciación (ciudadana, medioambiental, religiosa, etc.).

3. RECONFIGURACIÓN DEL ESPACIO POLÍTICO

«La realidad ya no es lo que era», se ha dicho alguna vez... y con bastante razón. No era, por lo menos, tan complicada, ni triturada por molinos tan impersonales, tan abstractos y, a menudo, tan lejanos como para plantearse siquiera ponerse a luchar por ellos, con ellos o contra ellos. La Troika, *Bruselas*, el FMI, El Banco Mundial, *los mercados*, la OCDE, el Foro Económico Mundial, el G20, el G7 son, entre otros, actores tan difícilmente identificables como difícil-

mente comprensibles. Incluso por separado. Pero, más aún, si pensamos que de poco sirve entenderlos por separado, ya que las decisiones políticas y económicas (con sus correspondientes efectos sociales) surgen de la tupida maraña de relaciones entre todos ellos, añadiendo después a los gobiernos centrales y autonómicos, que muchas veces parecen querer cubrir o presentar como internas, decisiones urdidas con mucha antelación por los anteriores actores internacionales. Es lo que Tokatlian denomina «sistemas sobrecargados», «una de las más relevantes características» de nuestra actualidad sociopolítica (Tokatlian, 5 de agosto, 2014). Esta «sobrecarga», además, puntualiza el autor, no se da en un mismo nivel o en una misma dimensión, sino que se conjuga y superpone en cuatro «tableros» diferentes: el internacional, el mundial, el institucional y el interno. En este contexto, parece que, invirtiendo la máxima marxiana, los ciudadanos de principios del siglo tengamos más necesidad de comprender un mundo cada vez más complejo y sumergido en una corriente de sobre-revolucionada transformación, que de cambiarlo.

Sin embargo, para comprender en profundidad el estado de perplejidad y desorientación de los jóvenes hay que añadir a esta *sobrecarga* la saturación de información que traen consigo las nuevas tecnologías de la información, sin las cuales, como ya señalamos en la introducción a este libro, difícilmente puede comprenderse ninguna de las dimensiones en las que se mueven las nuevas generaciones. El auténtico silenciamiento, a día de hoy, no lo produce la mordaza, sino la proliferación sin medida y la consecuente saturación de voces, la *cacofonía* mediática: noticias, *tags*, entradas a blogs, opiniones, comentarios, reseñas, etcétera.

Si la realidad, como acabamos de decir, ya no es lo que era, mucho menos lo es el mundo de la información. Hoy en día, poco sentido sigue teniendo, como de hecho continúa haciéndose machaconamente, preguntarle a un joven si lee el periódico y cuántas veces lo lee al cabo de la semana. Internet, especialmente el hipertexto, con sus constantes toboganes informativos; *Twitter* o *Facebook*, han cambiado radicalmente la forma de informarse de los jóvenes. Incluso la fórmula utilizada al comienzo de la era de Internet, *navegar* por la red, una expresión que evoca embarcaciones pesadas, cuadrantes y sextantes para proyectar y trazar sobre las cartas náuticas rutas bien calculadas, bien definidas, podría producir un ataque de risa a cualquier joven actual. Hoy el joven no *navega* por la red... *surfea* por ella, con continuos cambios de dirección, con la atención puesta en nuevos picos de olas emergentes, saltando de

un titular a otro, de una noticia a otra. Y esto solamente si nos ceñimos a la práctica informativa, considerada como una actividad *aparte*, otro error que heredamos los que aún pensamos en términos de *sentarse a leer el periódico*. Porque el joven no solo *surfea* por Internet buscando información o por lo menos no lo hace como actividad *exclusiva*. En los cinco minutos que ha tardado en buscar una noticia que le ha llamado la atención en *Twitter*, ha aceptado una solicitud de amistad en *Facebook*, añadido una canción nueva sugerida en *Spotify* y respondido tres mensajes por *WhatsApp*.

La *infobesidad*, como en algún momento se le ha llamado al exceso de información de toda índole (desde anuncios a noticias pasando por mensajes de texto), sobrecarga y termina embotando los sentidos y la capacidad de raciocinio, de discernimiento y, por supuesto, de reacción, tanto de los individuos de forma aislada como de todo el cuerpo social, convirtiéndose finalmente, como recordaba el periodista José María Izquierdo, en algo «muy dañino para la salud social» (Bono, 12 de junio, 2013). De acuerdo con Umberto Eco, Internet (y con él, el resto de las modernas tecnologías de la información/comunicación) es un tesoro para los sabios, pero un desastre para quienes no tienen ni los conocimientos ni los marcos teóricos previos que les orienten en la búsqueda de la información así como en su interpretación ya que «no filtra el conocimiento y atasca la memoria» (Giron, 3 de noviembre, 2013). Se picotean miles de gigas en diminutos paquetes de información que, de ser verídica y estar bien fundamentada, algo que difícilmente podrá apreciar el joven, queda suspendida en el vacío interpretativo. «En una sociedad adicta a la información», escribe Zygmunt Bauman, «la habilidad clave es protegerse del 99,99% de la información, que es irrelevante» (CCCB, 19 de marzo, 2013). Irrelevante, y, en muchos casos, habría que añadir, sin fundamento empírico o teórico o, simple y llanamente, disparatada. Con un poco de suerte, si consigue sortear a ciegas los enormes disparates que le salen al paso (lo que ya de por sí es muy difícil), el joven sin una formación sólida, como máximo, puede aspirar, según la opinión de Nicholas Carr (2011), a lo que es la característica más importante de la mente forjada *solo* a través de la red: la superficialidad, una característica, huelga decir, que no casa nada bien con la *sobrecarga* de los sistemas sociopolíticos de la que hablaba al principio de este apartado.

Si pasamos a observar, por otro lado, la acción política realizada por los jóvenes a través de las nuevas tecnologías, se hace evidente que, pese a las esperanzas depositadas por muchos (los políticos, los primeros) en el papel de

estas nuevas tecnologías en la reactivación de la implicación política juvenil, tal papel es muy modesto, mucho más de lo que se quiere aceptar, y que, como subrayaba Gil Calvo (2007, p. 154), ya al comienzo de la crisis «lo que se gana por el lado virtual y global de la balanza no parece que pueda compensar a lo que se pierde por el lado real y local».

Pese a la idea de que no se puede hablar de inacción política de la juventud sino de un trasvase de esta a nuevos cauces, a las nuevas tecnologías de comunicación, los datos aportados por el *Informe Jóvenes Españoles entre dos siglos* (González-Anleo, 2017a) dejan poco margen de duda: las acciones *virtuales* son las que menos relevancia tienen, menos *aún* que el resto, exceptuando quizás, ya que no se especifica el medio, la recogida de firmas (algo que se ha popularizado enormemente desde la aparición de páginas como change.org) y que solamente aumentan de un 14,1% en 2010 a un 16% en el 2016. El resto, «pasar un SMS o *e-mail* de acción política», «ponerme en contacto con un político u organización política vía *e-mail*, carta, etc.» o permanecen igual o incluso disminuyen levemente. Dentro de las acciones relacionadas con su interés por la política más que por su acción, «participar en algún foro o chat sobre política o actualidad social» es incluso la que menos lo hace, pasando de un 6,5% a un 7,5%.

Pensemos por un momento en todo lo que hace el joven por Internet y con las nuevas tecnologías de comunicación. Según los datos de este informe, de todo: algunas actividades, como ver videos de *Youtube*, entrar en comunidades virtuales, escuchar música en *streaming* o descargarla, ver películas *online*, usar un chat, o las relacionadas con los estudios, las han hecho en los últimos meses más del 70% de los jóvenes; otras, como descargar películas o participar en blogs, más de un 50%, y así una lista de veinte cuestiones que les planteamos, hasta llegar a las que menos hacen, que son las que están, por lo menos en teoría, restringidas por la edad, como el «uso de páginas o de *apps* para buscar pareja/ligue», con un 13,7% (páginas) y un 13,1% (*apps*). En contraste con dichos porcentajes, el 7,5% que en la actualidad afirma «participar en foros o chats sobre política» y, atención, porque esto también es muy significativo, sobre «iactualidad social!» queda absolutamente ridículo.

Si, en el plano social, las redes crean lo que en otro texto el autor llama «comunidades de bajo coste», en el político difícilmente podríamos esperar que fuera muy diferente, creando lo que llama una *nueva generación de softactivistas*,

«que creen que “hacer click en una petición de *Facebook* cuenta como acto político” y así “derrochar sus energías en miles de distracciones” todas ellas pensadas para el consumo instantáneo y de un solo uso, cuyo supremo productor y suministrador diario es Internet» (2015, p. 79).

Sin pretender quitarles ni un ápice del mérito que tienen como medio de comunicación de las resistencias sociales, hay que admitir que las redes han terminado convirtiéndose en poderosos mecanismos tanto de transformación de la política en un espectáculo más, trivial y efímero, como de catarsis, inestimables aliados de los poderes políticos y económicos en ambos casos. Veamos todo esto con algo más de calma.

Por un lado, los *softactivistas* de los que habla Bauman, que son la gran mayoría de los jóvenes, encuentran mucho más fácil compartir una noticia con alguna frase que les suene revolucionaria o firmar una petición que participar en una manifestación en el escenario menos amable de la realidad, al que, habitualmente, hay que desplazarse. Los «linchamientos digitales» o *shitstorms*, por otro lado, ya en el caso de los jóvenes un poco más comprometidos que los anteriores, producen un efecto de *catarsis virtual* parecida a la que se usa en las grandes empresas poniendo en primera línea de fuego a tele-operadores que han de aguantar todo tipo de quejas e incluso de insultos, ayudando así a tranquilizar al cliente sin llegar siquiera a oídos de los verdaderos responsables, desfondando a los activistas políticos al propiciar *golpes al vacío* sin sentido, una estrategia muy conocida en el boxeo y otras disciplinas de combate.

Además, para una gran mayoría de jóvenes estas plataformas traducen la indignación en clave de humor y de espectáculo, produciendo así un efecto similar al de la *catarsis virtual*. De hecho, si observamos bien lo que se cuelga en estas redes, casi todo son chistes, juegos de palabras o frases cínicas, más o menos ingeniosas sobre casos de corrupción, imputados, sentencias judiciales, subida de tarifas de grandes empresas en momentos críticos, etc. En esta dirección apuntan varios de los recientes trabajos de Miller, Costa, Haapio-Kirk y otros, antropólogos y miembros del equipo *Why We Post* de la University College of London, que estudian, especialmente, en zonas del extrarradio global, el impacto de las redes sociales (2016): los entrevistados desprecian «hacer política» en Internet y hacer comentarios serios en los *post*, utilizando este medio fundamentalmente para burlarse de la política y de los políticos, una moda muy extendida actualmente en las redes sociales, pero con poca o ninguna carga efectiva para producir un cambio real.

4. ¿SON LOS JÓVENES AHORA MÁS O MENOS VIOLENTOS QUE LOS QUE LES PRECEDIERON?

Podríamos pensar que los jóvenes de los años 80 y 90 en España puede que fueran algo más violentos hacia la sociedad que los actuales, si recordamos o buscamos en hemerotecas información sobre las manifestaciones, revueltas estudiantiles, actos violentos de grupos extremistas que llamábamos *ultras*, o tribus urbanas como *rockers*, *mods*, *punkies* o *skinhead*, que hacían muestras de fuerza en peleas grupales y enfrentamientos la policía, quemando contenedores o rompiendo mobiliario público. Comparando con aquellos tiempos, se diría que hoy estamos ante una juventud más tranquila o quizás mejor educada para la ciudadanía y la convivencia pacífica.

Aunque la fuerza y la violencia son técnicas eficaces de control social que ejercen las instituciones del Estado, también cuando surgen entre la sociedad civil y cuentan con un completo apoyo popular, se pueden convertir en técnicas de persuasión. En la época de las revueltas estudiantiles en EE.UU. a finales de los años 60 se dijo de los jóvenes que constituían una generación que miraba insegura hacia su futuro, porque su futuro era «como una enterrada bomba de relojería, que hace tic-tac en el presente» (Arendt, 2005, p. 29). Aquella violencia estudiantil se manifestaba de forma muy diferente de un país a otro, incluso de unas universidades a otras, pero casi siempre estaba latiendo, de alguna forma, algún «batiburrillo de residuos marxistas» (Arendt, 2005, p. 32). Pero no sabemos si, en sus relaciones cotidianas, había más violencia o menos que la que viven los jóvenes en esta segunda década del nuevo siglo, pensando en esa «violencia cotidiana» que incluiría insultos o amenazas, maltrato por parte de compañeros en los centros de estudio o lugar de trabajo, violencia con sus parejas, en su casa, entre otras situaciones.

Entre los jóvenes de hoy no encontramos ninguna corriente predominante de glorificación de la violencia como medio para influir o presionar en instituciones o estamentos sociales, o para influir en la opinión pública. Los grupos violentos más o menos organizados, grupos *ultras*, bandas o extremistas por ideología política, son marginales en tanto no son aprobados por la mayoría. No tenemos movimientos con «predicadores de la violencia», en todo caso se reclama mayor atención a sus problemas, movimientos como jóvenes sin futuro, el 15M o plataformas como ATD, reclaman los derechos a participar plenamente en una sociedad en igualdad de derechos para los

ciudadanos, en una democracia participativa y, también, ejerciendo sus derechos al trabajo y la vivienda, básicos, que están siendo negados para una gran parte de los jóvenes.

La política es una lucha por el poder y la forma más definitiva de poder, mirando a la Historia de la humanidad, es la violencia (Wright Mills, 2001), por eso la sociología clásica ya definió el Estado como «una relación de dominación de hombres sobre hombres, que se sostiene por medio de la violencia legítima (es decir, de la que es vista como tal)» (Weber 1972, p. 84). A este respecto, nos interesa recordar que:

Durante la mayor parte de la historia, los hombres han vivido de hecho bajo la espada, y en cualquier perturbación grave de los negocios humanos, real o imaginaria, las sociedades tienden a volver al gobierno militar. (Wright Mills 2001, p. 166).

Ahora somos herederos de los valores que florecieron bajo un régimen de autoridad civil durante los siglos XVIII y XIX, los jóvenes actuales son la última expresión de aquellos valores. Y, en el mundo moderno, la historia tiene más que ver con los políticos, con las élites del poder de componente civil, que con los militares, mafiosos o criminales que ejerzan la violencia dentro o fuera de la ley. Pero volviendo al análisis de la violencia en los jóvenes y la sociedad actual, después de esta sucinta perspectiva histórica, veamos algunos conceptos con los que podemos clasificar los diferentes tipos de violencia.

5. CONCEPTOS FUNDAMENTALES

En primer lugar, estaría la *violencia cotidiana*, espontánea, a la vez respondiendo a impulsos primarios de nuestra psicología y naturaleza (frustración, celos, etc.) y a pautas culturales (dominación, roles de género, medios y tecnologías que intervienen para ejercerla, etc.). Por tanto, este tipo de violencia se explica como un fenómeno individual y cultural al mismo tiempo (valores internalizados).

Por otra parte, encontramos otro tipo de *violencia organizada* que, como fenómeno social, se explicaría: a) bien desde unas coordenadas determinadas por los objetivos, metas y medios con los que cuenta un grupo determinado

(pandillas, *gangs*, bandas organizadas, mafias, etc.); b) como expresión de movimiento sociales violentos rupturistas con un orden actual o estado de las cosas (grupos terroristas, asesinos individuales que se mueven supuestamente por causas ideológicas) y, c) también en tanto que la asociación o pertenencia a grupos violentos (pandillas, *gangs*, bandas organizadas) implica que existe una identificación personal y unos códigos de conducta compartidos, que dan sentido a la acción del individuo en un marco de «subcultura» o cultura diferente a la corriente cultural dominante para el conjunto de la sociedad. El concepto «cultura de violencia» –aunque mejor hablaríamos de *culturas* de violencia– abarcaría todo lo anterior y aún más cosas, por lo que es difícil de manejar, pero resulta útil para perfilar antónimos como «cultura de convivencia» o «cultura de no-violencia».

Cuando los jóvenes eligen formas de comportamiento violentas, se puede decir que hacen suya una moral de la violencia, entendiendo moral como una manera de entender la vida que asumen sabiendo que hay otras alternativas y posibilidades. Qué joven no ha oído hablar de respeto a los demás, a los diferentes, a los que piensan o viven de una forma distinta a la propia y, sin embargo, algunos optan por la vía violenta de la agresión en alguna de sus múltiples formas posibles. En este sentido, los medios digitales y las redes sociales están presentes en la vida cotidiana de los jóvenes, abriendo un espacio de comunicación y socialización de grupo, pero también abriendo las puertas a formas de manipulación y/o agresión como la que supone hacer daño a terceros exponiendo a través de estos medios verdades o falsedades sobre su intimidad o su persona. Hay personas que pueden encontrar placer en hacer daño o manipular a otros a través de estas tecnologías.

Cerramos estas consideraciones conceptuales con una cita de Voltaire, para quien el poder consiste en hacer que otros actúen como yo decida, obligar a otros a hacer lo que queramos que hagan.

6. EL JOVEN COMO OBJETO DE AGRESIÓN: DATOS ACTUALES Y SERIE TEMPORAL

La relación entre violencia e integración social es «compleja y polifacética», no hay que olvidar que la violencia, cuando está legitimada por leyes,

normas e instituciones sociales importantes, es una de las «fuerzas motrices más potentes de cohesión y organización social» (González-Anleo, 2005, pp. 157-158). El tradicional papel de la violencia en los procesos de socialización familiar y en las instituciones educativas ha ido cambiando, para dar lugar a un escenario diferente en las primeras décadas de este siglo. Mientras que desde los años 50 del pasado hasta la década de los 90 se toleraba e incluso deseaba socialmente un cierto grado de castigo y violencia física contra los jóvenes en estos dos ámbitos sociales citados –familiar y educativo–, los valores, costumbres y las normas han ido cambiando hasta dar paso a un modelo en el que se excluye el recurso a la violencia como forma de control social y para fines *educativos*. La figura del padre o el maestro autoritario, que imponía *con mano dura* las reglas, ha sido reemplazada por la de un tipo de padres más dialogantes y cercanos, que no creen, al igual que educadores y maestros, aquello de «la letra con sangre entra».

La violencia, también, es identificada como un *síntoma de desintegración social*, habiendo sido interpretadas las manifestaciones de violencia ligadas a reivindicaciones políticas e identitarias de los jóvenes en los países occidentales en las décadas de los años 60-70 (más aún, en España por las tensiones que antecedieron al final del régimen político franquista y el paso al sistema democrático y constitucional), como consecuencias de la «crisis de valores occidental». El fin de la modernidad, la crisis de los intelectuales, el fin de la historia y que estas dos caras de la relación integración social-violencia están impresas en la relación entre juventud y violencia: juventud *como objeto* de y *como sujetos* de violencia.

Contando con los datos más recientes de los que disponemos, vamos a centrarnos en el presente trabajo, principalmente, en los jóvenes que son objeto de violencia en los contextos más comunes de la vida cotidiana, como son los centros educativos, el lugar de trabajo, la familia, la pareja y el grupo de amigos. Y veremos cómo las redes sociales y los medios informáticos se han convertido en herramientas para los agresores y en un nuevo campo de riesgos para los jóvenes.

Hay dos situaciones que se dan con más frecuencia, la primera son los «insultos con amenazas graves», casi el 5% de los entrevistados los recibió una frecuencia de 3 o más veces en el último año y cerca del 15% una o dos

veces. La segunda es «haber sido agredido físicamente por amigos o conocidos», nos encontramos también con un 5% de casos con frecuencia alta y con menor frecuencia cerca de un 10% (*Gráfico 1*). La similitud de estas proporciones de los insultos o amenazas verbales y agresiones físicas, asumiendo que, casi siempre, se producen en los entornos cotidianos de vida del joven, es razonable pensar que no sea casual sino que probablemente están correlacionados.

Con una menor incidencia, en torno al 12% de casos declarados, se encuentran tres formas de malos tratos recibidos por diferentes medios en los lugares de trabajo y estudio *interviniendo las redes sociales o los medios informáticos* en dos de ellas. La que se da más frecuentemente es haber sido «maltratado o intimidado por compañeros de clase o de trabajo a través de las redes sociales», algo que había afectado en mayor o menor medida a casi el 13% de los jóvenes de 15 a 24 años (cerca del 5% frecuentemente y un 8% con menor frecuencia). La segunda, en frecuencia, es resultar «maltratado o intimidado por compañeros de clase o de trabajo a través del móvil o aplicaciones del móvil» con cerca del 12% de casos en total (8% con poca frecuencia y 4% frecuentemente). Y, en tercer lugar, está el maltrato e intimidación recibidos en el lugar de estudio o de trabajo (11,2%) sin especificar los medios, es decir que sería cara a cara y/o con contacto físico.

La agresión física recibida por parte de «gente desconocida», con un 12,1% de casos, se situaría en un rango de frecuencias similar al de las antes descritas para el medio laboral o de estudios. Un escalón por debajo de estas, encontramos, de nuevo, que el acoso, entendido ahora solo como acoso sexual, irrumpe con la participación de medios informáticos. Cerca del 8% de los jóvenes declara que «alguien ha difundido sin mi consentimiento fotos o videos míos de índole sexual» con más o menos frecuencia, algo muy grave si comparamos con otras situaciones, como que los padres les hayan pegado (7%) que es una situación que veremos que ha descendido mucho en los últimos años. Se trata de una forma específica de violencia que sufren mucho más las mujeres y que puede llegar a tener graves consecuencias sociales y psicológicas para las víctimas, al igual que las agresiones que se producen físicamente.

Gráfico 1. Incidencia de agresiones y malos tratos (2016).

Fuente: Jóvenes españoles entre dos siglos (Fundación SM, 2017).31



(*) Items introducidos en 2016 con motivo del *cyberbullying*.

Los casos de violencia en el ámbito doméstico y familiar, actualmente, se sitúa en un valor inferior al 10%; concretamente, los resultados de la encuesta señalan que hay un 7,2% de casos de jóvenes a los que pegaron sus padres, tratándose más de casos aislados que en los que se produzca de frecuencia repetida (5,4%). Aunque con esta frecuencia cercana al 10% no se pueda considerar aún

un tipo de violencia minoritaria o aislada, ha descendido su incidencia respecto a otros años, como se verá más adelante en el análisis de la serie temporal.

Las agresiones recibidas de sus parejas son más escasas que las descritas para el ámbito doméstico o familiar, con una frecuencia inferior al 5%, como también lo son las agresiones recibidas por parte de profesores (4%). Con menores frecuencias de incidencia se encuentran dos tipos de situaciones muy diferentes entre sí, en las que la incidencia se sitúa en torno al 3% de casos. La primera es la violencia de tipo sexual, que habría sufrido cerca del 3% de los entrevistados –casi siempre mujeres–, forzados a mantener relaciones sexuales en contra de su voluntad y sin consentimiento. Y la segunda es la agresión de agentes de la autoridad –el cuestionario alude concretamente a la policía– en sitios públicos, como por ejemplo manifestaciones, pero también pueden darse en eventos de algún tipo o en los medios de transporte, donde estén presentes agentes de policía y guardias de seguridad.

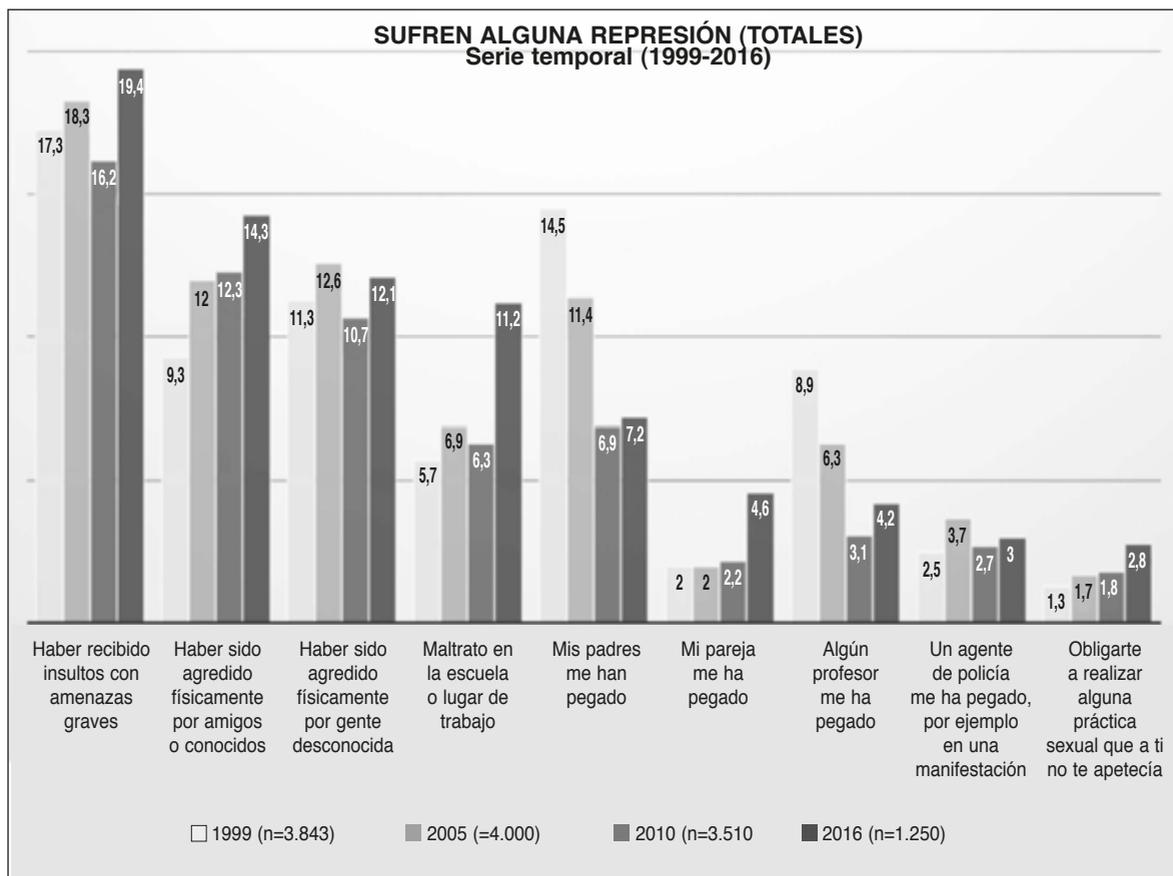
Es difícil y delicado valorar si las anteriores cifras son altas o bajas tanto en términos comparativos como si pensamos en términos absolutos. En todo caso, diremos que los datos describen una realidad en la que todo lo que sea más de un 1% de incidencia se podría decir que es más de lo que querríamos en una sociedad justa e igualitaria, en la que prime el respeto de los derechos individuales y colectivos, junto al respeto y el cuidado en las relaciones interpersonales, la participación en la comunidad y la búsqueda del bienestar colectivo, no sólo la felicidad o el bienestar individual. No obstante, para finalizar este apartado, haremos un breve análisis de la evolución temporal de los datos de los que disponemos entre los años 1999 y 2016 (*Gráfico 2*).

Respecto al año 1999 del que parten los datos más antiguos de la serie, en el año 2005, aumentaron casi todos los tipos de agresión analizados, ya que tan sólo descendieron la violencia de los padres y la de profesores. En el año 2010, las agresiones de conocidos se mantenían en los mismos niveles, pero descendieron dos de las agresiones más frecuentes, como son los insultos o amenazas, y las agresiones de desconocidos (López-Ruiz 2017, pp. 226-227). Sin embargo, la tendencia actual es la de un aumento de estos tipos de agresiones comunes si comparamos con el año 2010, los insultos y amenazas aumentan un 3% llegando a subir casi hasta el 20% cuando, en ese año, habían bajado a la cota más baja que era un 16%. Las agresiones de conocidos y «amigos» suben un 2% respecto a los valores de 2005 y 2010, subiendo las agresiones de desconocidos cerca de un 2% también. Pero el dato más

llamativo, quizá el más destacado de todos los cambios observados en la serie, se encuentra en el incremento de las situaciones que denominamos como «maltrato en la escuela o lugar de trabajo», las cuales se habían mantenido oscilando en valores cercanos al 6% y en la última encuesta se disparan casi hasta el doble, llegando al 11% de casos. Según el alcance de estos datos, alrededor de uno de cada diez jóvenes ha sufrido alguna situación de maltrato en el lugar de estudio o de trabajo, algo realmente preocupante ante lo que todas las medidas que se tomen serán pocas y habría que tener una especial atención a la evolución futura que pueda tener.

Gráfico 2. Evolución del porcentaje de jóvenes que sufren alguna agresión.

Fuente: Jóvenes españoles entre dos siglos (Fundación SM, 2017).



(*) En el gráfico anterior se incluyen 12 tipos de agresiones y aquí se reducen a nueve. Recuérdese que los otros tres corresponden a formas de agresión que se han introducido en la encuesta de 2016, señaladas en el gráfico precedente con un asterisco.

Aumenta, también, la frecuencia de casos de agresiones recibidas por parte de la pareja, duplicando los porcentajes registrados hasta el momento que estaban en torno al 2% en los años anteriores, un dato que coincide con los que arrojan otros estudios según los cuales uno de cada cuatro jóvenes considera «normal» la violencia de género en una relación⁴. Finalmente, al referirnos a la incidencia de las agresiones de tipo sexual, que se movían entre el 1 y el 2% en los anteriores años y suben hasta cerca del 3%, hay que tener en cuenta que el margen de error de los datos puede llevar a falsas conclusiones y hay que tomar con cautela las comparaciones (la encuesta de 2016 tiene un margen de error que implica que son posibles variaciones de hasta 1,27 puntos porcentuales arriba o abajo del valor obtenido). Habría que esperar a recoger datos en el futuro para ver si la tendencia al aumento de agresiones de tipo sexual se confirma, sin olvidar que, aunque no subieran del 2% que había en décadas anteriores, seguirían siendo demasiadas y, decididamente, sabemos que tenemos la meta colectiva de que algún día desaparezcan definitivamente de nuestra sociedad.

Como hemos visto, las redes sociales y el uso de los *smartphones* irrumpen en los espacios de la cotidianidad de la vida juvenil, convirtiéndose también en herramientas para el acoso o el maltrato, en tanto que son medios para difundir fotografías y vídeos, pero también como canales de comunicación que puede resultar difícil «silenciar» una vez que se ponen en marcha. Será parte de la misión educativa y de nuestra misma cultura lograr que el uso de las tecnologías de la información contribuya más al bienestar y la seguridad en general, que a crear personas neurotizadas, inseguras y con mayores riesgos, debido a estas tecnologías de la comunicación y la información cibernética.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AECOSAN. (2016). *Informe Aladino 2015*. Madrid: Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad.

Álvarez Alday, M., Fernández-Villarán, A., y Mendoza Bress, L. (2014). Ocio como ámbito de socialización juvenil. En C. Ortega Nuere y F. Bayón (coords.), *El papel*

⁴ La referencia es a un reciente estudio realizado por la FAD citado en *El Mundo* (<https://goo.gl/aNVTMn>) y *El País* (<https://goo.gl/kyC6nx>).

- del ocio en la construcción social del joven* (pp. 97-122). Recuperado <http://goo.gl/ydUXiy> [Consulta: 30/11/2017].
- Arendt, H. (2005) *Sobre la violencia*. Madrid: Taurus.
- Bauman, Z. (2001). On mass, individuals, and peg communities. En N. Lee y R. Munro, *The consumption of mass* (pp. 102-113). Oxford: Blackwell Publishers.
- Bauman, Z. (2005a). *Amor líquido: Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2005b). *Identidad*. Oviedo: Losada.
- Bauman, Z. (2015). *Ceguera moral. La pérdida de sensibilidad en la modernidad líquida*. Barcelona: Paidós.
- Bono, F. (12 de junio de 2013). El exceso de información es dañino para la salud social. *El País*. Recuperado de <http://goo.gl/p8XCpO> [Consulta: 02/03/2017].
- Carr, N. (2011). *Superficiales: ¿Qué está haciendo internet con nuestras mentes?* Madrid: Taurus.
- CIS. (2009). Encuesta nacional de salud sexual. CIS. Estudio nº 2780, noviembre 2008-enero 2009. Recuperado de <http://goo.gl/LVnzg2> [Consulta: 06/12/2017].
- Economist (26 de setiembre del 2015). *Generation XXX: Pornography*. Recuperado de <http://goo.gl/6amiYO> [Consulta: 12/12/2017].
- Financial Times (24 de marzo del 2017). *The age of unenlightenment*. Recuperado de <https://goo.gl/PjgY8r> [Consulta: 01/04/2017].
- Gil Calvo, E. (2007). La deslocalización de la protesta juvenil. *Revista de Estudios de Juventud*, 76, 147-161.
- Giron, L. A. (3 de noviembre de 2013). *Umberto Eco: «El exceso de información es malo»*. Recuperado de <http://goo.gl/Z2sFnI> [Consulta: 12/4/2017].
- González-Anleo, J. M. (2005). *Cuatro generaciones de españoles ante la Iglesia hoy*. Madrid: Fundación Pablo VI.
- González-Anleo, J. M. (2011). *Los valores del consumismo: El cambio axiológico en la sociedad consumista*. Saarbrücken: EAE.
- González-Anleo, J. M. (2014). *Consumidores consumidos: Juventud y cultura consumista*. Madrid: KHAF.
- González-Anleo, J. M. (2015). *Generación Selfie*. Madrid: PPC/Fundación SM.
- González-Anleo, J. M. (2017a). Integración sociopolítica: ¿Ha revertido el tiempo de crisis la estrategia de enroque social juvenil? En J. M. González-Anleo y J. A. López-Ruiz (dirs.), *Jóvenes españoles entre dos siglos* (pp. 53-104). Madrid, Fundación SM.
- González-Anleo, J. M. (2017b). Valores morales, finales y confianza en las instituciones, un desgaste que se acelera. En J. M. González-Anleo y J. A. López-Ruiz (dirs.), *Jóvenes españoles entre dos siglos* (pp. 13-52). Madrid: Fundación SM.

- INJUVE. (2013). *Informe Juventud en España 2012*. Recuperado de <http://goo.gl/R8P7j5> [Consulta: 04/12/2017].
- López-Ruiz, J. A. (2017). Cultura y ocio juveniles: Jóvenes espectadores y actores en la diversidad actual, en J. M. González-Anleo y J. A. López-Ruiz, *Jóvenes españoles entre dos siglos 1984-2017* (pp. 165-233). Madrid: Fundación SM.
- Luckmann, T. (2008). Reflexiones sobre religión y moralidad. En A. Bericat, *El fenómeno religioso: Presencia de la religión y de la religiosidad en las sociedades avanzadas* (pp. 15-26). Sevilla. Fundación Centro de Estudios Andaluces.
- Maldonado, T. (1998). *Crítica de la razón informática*. Barcelona: Paidós.
- Marketingdirecto.com. (1 de agosto de 2015). *Las apps, las alcahuetas sexuales de uno de cada tres jóvenes*. Recuperado de <http://goo.gl/WXASe3> [Consulta: 6/12/17]
- Megías Quirós, I., y Rodríguez San Julián, E. (2014). *Jóvenes y comunicación: La impronta de lo virtual*. Recuperado de <http://goo.gl/MovKPM> [Consulta: 2/12/2017].
- Miller, D., Costa, E., Haapio-Kirk, L. (2016). *Pudding – can anthropology teach us how to use media?: Working Paper for the EASA Media Anthropology Network’s 56th e-seminar*. Recuperado de <https://goo.gl/BhzSsF> [Consulta: 20/05/2017].
- Mims, Ch. (12 de febrero del 2017). For Generation Z, «Live Chilling» Replaces Hanging Out in Person. *Wall Street Journal*. Recuperado de <https://goo.gl/6Leloz> [Consulta: 16/05/2017].
- OCDE. (2017). *El bienestar de los estudiantes, resultados de PISA 2015*. Recuperado de <https://goo.gl/h5UFfu> [Consulta: 4/01/18].
- Padilla Fernández, S. (28 de mayo de 2014). Zygmunt Bauman: «El éxito de Facebook es haber entendido necesidades humanas muy profundas». *Sociólogos*. Recuperado de <http://goo.gl/bePZ68> [Consulta: 16/12/2017].
- Pew Research Internet Project (2014). *Main Analysis: Political Issues and the Spiral of Silence*. Recuperado de <http://goo.gl/IEsiIE> [Consulta: 14/12/2017].
- Querol, R. de. (9 de enero de 2016). Zygmunt Bauman: «Las redes sociales son una trampa». *El País*. Recuperado de <https://goo.gl/T2YcDv> [Consulta: 16/05/2017].
- Rendueles, C. (2013). *Sociofobia. El cambio político en la era digital*. Madrid: Capitán Swing.
- Rodríguez San Julián, E. (2013). Ubicación en el entorno y salud de las personas jóvenes. En INJUVE, *Informe Juventud en España 2012* (pp. 175-377). Madrid.
- Tokatlian, J. G. (5 de agosto de 2014). Tiempos de crispación y antagonismo. *El País*. Recuperado de <http://goo.gl/h8nVVv> [Consulta: 10/08/2017].

- Tsitsika, A., Tzavela, E., Mavromati, F., y The EU NET ADB Consortium (eds.). (2014). *Investigación sobre conductas adictivas a Internet entre los adolescentes europeos*. Recuperado de <http://goo.gl/MKKp98> [Consulta: 13/12/2017].
- Virilio, P. (1997). *El ciber mundo, la política de lo peor*. Madrid: Cátedra.
- Weber, M. (1972). *El político y el científico*. Alianza Editorial, Madrid
- Wright Mills, Ch. (2001). *La élite del poder*. Fondo de Cultura Económica, México.

CITA DE ESTE ARTÍCULO (APA, 6ª ED.):

González-Anleo, J. M., y López-Ruiz, J. A. (2018). Jóvenes, ámbitos de uso de las nuevas tecnologías y formas específicas de violencia. *Educación y Futuro: Revista de investigación aplicada y experiencias educativas*, 38, 13-38.